

Nostalgia y Trascendencia
En busca de Aquel que Es

RAFAEL TOMÁS CALDERA



Luis
Felipe
Capriles
EDITOR

Rafael Tomás Caldera

Nostalgia y trascendencia



En busca de Aquel que Es

 *Luis
Felipe
Capriles*
EDITOR

Nostalgia y trascendencia
En busca de Aquel que Es

© Rafael Tomas Caldera

Luis Felipe Capriles Editor
Primera Edición. Caracas, 2021

Depósito legal: MI2021000271
ISBN: 978-980-18-1851-9

Diagramación, diseño y portada:
Gerónimo E. Guevara R.

Cuidado de Edición:
Luis F. Capriles Fanianos
Yolimar Delgado Gudiño

Impreso en Venezuela por:
Organización Gráficas Capriles C.A.

Este libro no podrá ser reproducido ni total
ni parcialmente sin el permiso del autor.
Todos los derechos reservados.

Índice

<i>Preliminar</i>	7
<i>Nostalgia y trascendencia</i>	9
<i>En busca de Aquel que Es</i>	47

Preliminar

El ser humano, ser que pregunta, tiene acuciante necesidad de comprender su propia existencia. Inmerso en lo real, donde debe obtener a diario el sustento, se pregunta sin embargo qué y quién es, cuál es su destino. Destino, porque su vida le aparece como un movimiento hacia un término por descubrir. Saber a dónde apunta su más profundo anhelo será al mismo tiempo reconocer su identidad.

Más allá de fórmulas verbales, encontramos en lo compacto de la experiencia la manifestación del propio ser. El análisis procederá luego a diferenciar los niveles y el sentido de lo hallado. Resulta inevitable entonces esa exploración de nosotros mismos, que nos permita una captación reflexiva de aquello por lo cual podemos en verdad ser llamados humanos.

Una persuasión se impone así, la de la espiritualidad del alma humana, que no tiene par en la

Naturaleza. Por su principio vital, la persona ejerce conciencia y libertad. A la vez, sus actos más propios, el conocimiento y el amor, apuntan al origen y término de la realidad: Dios.

Es antigua la enseñanza que lo señala como *imagen de Dios*. Pero dar contenido a esa expresión requiere clara conciencia de la espiritualidad de la persona. El alma del ser humano —como se muestra en la experiencia— no solo trasciende la materia, sino que permite asumirla en un nivel de actividad superior. Nuestro conocimiento comienza por el dato sensorial, nuestra conducta se ve motivada por las reacciones de la afectividad sensible, pero al actuar alcanzamos la verdad, el bien, la belleza.

En los dos ensayos que siguen he procurado recoger de esa experiencia que —decía— hace evidente la realidad espiritual del ser humano y apunta a su destino trascendente.

Generosos amigos que leyeron los borradores, además de señalarme deficiencias que he procurado enmendar, me animaron a darlos a la luz. Del primero de los ensayos se publicó una versión abreviada en el portal *La Gran Aldea*.

Agradezco de manera especial a Luis Felipe Capriles haber acogido estas páginas en la colección de sus ediciones.

Caracas, mayo 2021

Nostalgia y trascendencia

Sedienta de Ti está mi alma¹.

1 *Arrojado en un mar tempestuoso* es la imagen, ya antigua, usada por san Agustín en el prefacio de su diálogo *Sobre la vida feliz*, para describir la situación originaria en que se encuentra el ser humano. De entrada, no sabemos quién nos ha arrojado: hemos venido a la existencia y queremos conservar nuestra vida, hacerla mejor. Aún más: queremos ser felices, como no tardaremos en caer en cuenta, pero no sabemos en qué pueda consistir esa felicidad ni dónde hallarla.

Navegamos sin rumbo cierto. Atraídos por bienes diversos, vamos en pos de ellos como movidos por un secreto instinto. Pronto distinguimos, sin embargo, entre lo que de suyo se ordena a la conservación de nuestro ser y lo que nos procura gozo y acrecentamiento. A veces la diferencia no resulta fácil de establecer porque, por ejemplo, el mismo alimento que nos sustenta, nos permite alcanzar plena estatura y con frecuencia causa gran placer. Luchar, en cambio, contra algo que nos amenaza,

¹ *Salmo* 63, 2.

en nuestra vida o nuestra integridad, resulta sin duda bueno, pero no suele ser fuente de agrado; al contrario, puede exigir de nosotros un grande y penoso esfuerzo.

La experiencia de los bienes a nuestro alcance, de un tipo u otro, muestra enseguida su limitación: no duran ni satisfacen. Todo contento es pasajero, al punto de que no hemos acabado de poseerlo y ya estamos saliendo de ello. Caducan pronto los bienes, incluso los que parecen más duraderos. No son satisfactorios tampoco al carecer de estabilidad, aparte de su limitación esencial. Se trata todo lo más de algo apetecible —útil, agradable, hermoso— pero no de lo bueno en sí mismo, el Bien.

Descubrimos en nosotros lo que quizá no habíamos percibido a primera vista: cómo en la búsqueda de aquellos bienes, transitorios y limitados, buscábamos algo diferente: una plenitud, inconmensurable con lo experimentado. Buscábamos gozar de bienes ciertos y duraderos. Buscábamos, como fue llamada en el mundo clásico, *la felicidad*, estado perfecto de agregación de todos los bienes, según lo pudo formular Boecio.

Esa imagen de *arrojado en un mar tempestuoso* cobra ahora mayor sentido. Navegamos, sí, a impulsos de nuestros deseos. Pero en completa desorientación, al no saber en qué dirección hemos de ir para alcanzar la *tierra firme* —como la llamará san Agustín— de la vida feliz. Vamos desorientados, al punto de que la navegación emprendida puede más bien alejarnos de la meta anhelada.

Si hace buen tiempo y la navegación resulta amena, sin dificultades, tormentas o penalidades, no es difícil pensar que el sujeto pueda encontrarse cada vez más extraviado. Se internará mar adentro, lejos de la desconocida playa a la que en verdad querría llegar.

Es ese éxito en la vida que, al decir de Xavier Zubiri, “es el gran creador del ateísmo. La confianza radical, la entrega a sus propias fuerzas para ser y la desligación de todo, son un mismo fenómeno. Solo un espíritu superior puede conservarse religado en medio del complicado éxito de sus fuerzas para ser”².

Hará falta una tempestad que lo lleve a la playa a pesar de sí mismo, llega a plantear san Agustín; o una noticia cierta que le marque el verdadero rumbo. Esta noticia aportará luz al revelar al mismo tiempo cómo nos mueve un deseo hondo, radical, de felicidad, y en qué dirección hemos de ir para alcanzarla.

Digo ‘noticia’ y enseguida caemos en cuenta de que no puede tratarse de una mera información, puesto que la condición de desorientado le viene al sujeto por el atractivo eficaz que ejercen sobre su corazón bienes diversos. Ese atractivo de los bienes, que rodean a la persona y la solicitan con fuerza, es precisamente lo que la confunde.

La noticia que puede desengañarlo y, a la vez, iluminar su trayectoria ha de ser una *experiencia*. Por

² *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, Editora Nacional, 7ª. ed. 1978, p. 392.

eso san Agustín, que lo ha vivido, piensa en la oportunidad de una tormenta que lo arroje a la playa, desembarazado de lo que le retenía, para encontrar la entrada a tierra firme.

Puede ser entonces una experiencia negativa. Si hemos mencionado el éxito y la confianza en las propias fuerzas para ser, ahora podríamos hablar de fracaso, dolor, enfermedad. No puede, sin embargo, limitarse a una fase negativa que, si enmienda de alguna manera la desorientación, no ilumina por sí sola la existencia. Se requiere una experiencia positiva, que dé luz y confirme en el deseo de esa tierra firme de la vida feliz, ahora *objeto de esperanza*.

2 No resulta difícil anticipar cómo se trenza aquí el problema de la identidad, esa pregunta recurrente acerca de quiénes somos y de cuál es nuestro destino personal.

Al tiempo que nos señala la orientación de la que carecíamos, la luz recibida nos hace entender algo esencial de nuestra existencia. Comprender en qué puede consistir la vida feliz será conocerse a sí mismo, con un conocimiento que —como regla de discernimiento— permite ordenar las acciones y, más aún, los afectos: alcanzar ese *ordo amoris* que es ya de algún modo participar de la meta. Sabiduría del corazón, este conocimiento es gozo en sí mismo y fuente de gozo, puesto que libera de la inseguridad que padecemos y funda una esperanza.

Alcanzarlo marcará una diferencia importante entre las personas. Diferencia no derivada de una condición inicial más o menos afortunada, más o menos externa: riqueza, posición social, reconocimiento. La diferencia aquí puede expresarse con el antiguo pensamiento acerca de quienes han despertado a la realidad y los que aún duermen. Cualquiera de los primeros se sabe despierto y que el que quizás está a su lado duerme. Quienes duermen ignoran lo uno y lo otro.

Tendríamos así una clara división entre los que no saben (*nescientes*, en la prosa de san Agustín), errantes como andábamos todos, y los que (*sapientes*) ya comprenden en sustancia el sentido de la realidad y de su vida. Junto a estos dos tipos hay todavía un tercero, que causa mayor preocupación: los *insensatos*, que prefieren el mar. San Agustín hablará de la ignorancia viciosa de los estultos³, que no quieren saber acerca de lo que se debe apetecer o evitar. No se habla de mayor o menor inteligencia como facultad; se habla de comprensión de lo esencial del existir. Esta es una división no de estados psicológicos, como sería lo propio de las pasiones, sino de modos de estar en la realidad.

Ello tendrá gran importancia a la hora de comprender los símbolos que la Naturaleza o la cultura nos ofrecen; de armonizar la convivencia y de edificar una civilización verdaderamente humana. Pero antes hemos de detenernos en la descripción y el

³ *De libero arbitrio* III, xxiv, 71: "Est enim stultitia, rerum appetendarum et vitandarum non quælibet, sed vitiosa ignorantia".

análisis de algunas experiencias de iluminación y, en particular, de la *nostalgia*.

3 Para dar cuenta de su recurso a diversos autores ingleses, al estudiar la relación entre realidad y literatura, escribe Rafael Cadenas: “Inglaterra es el país de los paraísos perdidos y las utopías. Ningún otro lo iguala en la nostalgia del pasado o del futuro que no es sino nostalgia de un estado de ser, cuya clave ha de existir, pero no se encuentra. Tal vez porque está muy a la mano”⁴.

Por tratarse de un *estado de ser*, como nos advierte, acaso esté “muy a la mano”. Sin embargo, no está en nuestro poder alcanzarlo. La nostalgia se despierta en nosotros por una experiencia que marcará la vida. Algo que tiene lugar en nuestro interior, pero dado en un momento intemporal, al punto de que cuando caemos en cuenta ya hemos salido de ello.

Se trata de una de las maneras en las cuales la persona retoma el rumbo en la navegación de su existencia y descubre el sentido hondo de su propia realidad.

4 Era el año de 1819 cuando el joven John Henry Newman, estudiante en Oxford, anota en su diario⁵:

⁴ Rafael Cadenas, *Realidad y literatura*, Caracas, Equinoccio, 1979, p. 46.

⁵ Bells pealing. The pleasure of hearing them. It leads the mind to a longing after some thing I know not what. It does not bring past years to remembrance. It does not bring any thing. What does it do.

Campanas que tañen. El placer de oírlas. Lleva la mente a un anhelo de no sé qué cosa. No trae al recuerdo años pasados. Nada trae. ¿Qué hace? Tenemos una suerte de añoranza de algo que nos es querido y como bien conocido. Muy apaciguante. Tal es mi sentir en este momento cuando las oigo.

El texto nos cautiva en su sencillez. El tañido de unas campanas en el silencio de una tarde de domingo. Es marzo y el aire en invierno trae, como un grato conjuro, la pureza del sonido. Surge en él la nostalgia de algo que no sabe qué es. No ha sido el recuerdo de años pasados. En verdad, nada definido. Pero aquella experiencia concreta y agradabile ha hecho vibrar en él una cuerda profunda: “tenemos —anota— una suerte de añoranza de algo que nos es querido y como bien conocido, muy apaciguante”.

De manera paradójica se trata de algo sin figura que anhelamos y, sin embargo, resulta bien conocido, acaso por la sensación de intimidad que el tañido de las campanas ha traído en la tarde de invierno. La paz de quien ha entrado en sí mismo y encuentra, innominado, su constante deseo de ser feliz. El placer suave de esa experiencia lo ha suscitado, de tal modo que surge su nostalgia profunda. La experiencia se hace completa y decisiva. No lo sabe aún, pero ha sido tocado en él el anhelo originario de nuestra naturaleza en busca de Dios,

We have a kind of longing after something dear to us and well known to us, very soothing. Such is my feeling at this moment, as I hear them”. Citado por Ian Kerr, *John Henry Newman. A Biography*. Oxford, 1990, p. 11.

su Creador. Sugiere, pues, como escribió Cadenas, un estado de ser, el deseo de unión plena, “cuya clave ha de existir, pero no se encuentra”.

Comprendemos que el joven Newman recoja el apunte en su diario, con palabras en las que resume lo experimentado. Toda impresión honda mueve, marca. Dice William James: “Cada vez que un proceso de vida comunica entusiasmo a aquel que lo vive, allí la vida se hace genuinamente significativa”⁶. Quedará como un punto de referencia en la intimidad de la persona. El apaciguamiento sentido da fe de la autenticidad de lo que ha tenido lugar.

5 Un siglo más tarde, C. S. Lewis, profesor en Oxford, brillante escritor, dará cuenta de su vida hasta el momento de su conversión en un libro que titula *Surprised by Joy*. En dos de sus capítulos, recoge una cuidadosa descripción de la experiencia que queremos examinar más en detalle.

Ocurre primero en el capítulo inicial sobre los años de su infancia, donde encontramos como una progresión que culmina en el momento clave. El primer paso que registra es, como dirá, *el recuerdo de un recuerdo*. De pie en el jardín, un día de verano, junto a un seto florecido, de repente surge en él, sin aviso y como viniendo de una profundidad “no de años sino de siglos”, el recuerdo de una mañana temprano, en la Vieja Casa, cuando su hermano vino al cuarto de juegos con su jardín

⁶ “Talks to Teachers on Psychology and to Students on Some of Life Ideals”. *Writings 1878-1899*, The Library of America, 1992, p. 843.

de juguete. Es difícil, anota, encontrar las palabras para la sensación que entonces lo sobrecoge. “Era una sensación de deseo; pero deseo ¿de qué? No por cierto de una lata de galletas llena de musgo, ni tampoco de mi pasado (aunque eso formaba parte de ello) (...) antes de saber qué deseaba, el deseo mismo se había ido, el atisbo por completo retirado, el mundo se hizo de nuevo común y corriente o tan solo removido por el anhelo del anhelo que acababa de cesar. Fue solo un momento; y en cierto sentido, comparado con aquello, todo lo que me había sucedido hasta entonces era insignificante”⁷.

El segundo atisbo le vino a través de la lectura de un libro infantil de Beatrix Potter (*Squirrel Nutkin*), en lo que solo puede describir como “la Idea del Otoño”. Al igual que en la oportunidad anterior, tuvo una experiencia de intenso deseo. En ella encontró “la misma sorpresa y el mismo sentido de [una] importancia incalculable. Todo muy diferente a la vida ordinaria e incluso diferente de los placeres ordinarios. Era algo «en otra dimensión»”.

El tercer momento, crucial, ocurre a través de la poesía. Se había aficionado a la obra de Longfellow,

⁷ Sigo su narración de la manera más ceñida posible, sin citas textuales, salvo aquellas que contienen los pasajes esenciales y con valor técnico. A menos que se indique otra cosa, la traducción es mía.

“It was a sensation, of course, of desire; but desire for what? Not, certainly, for a biscuit-tin filled with moss, nor even (though that came into it) for my own past (...) and before I knew what I desired, the desire itself was gone, the whole glimpse withdrawn, the world turned commonplace again, or only stirred by a longing for the longing that had just ceased. It had taken only a moment of time; and in a certain sense everything that had ever happened to me was insignificant in comparison”. *Surprised by Joy*, Collins, Fontana 11th. ed. 1972, p. 19.

la *Saga del Rey Olafy*, al pasar las páginas del libro, de repente lee:

*I heard a voice that cried
Balder the beautiful
Is dead, is dead.*

Oí una voz que clamaba
Balder el hermoso
Ha muerto, ha muerto.

“Nada sabía de Balder, pero, al instante, me vi elevado a enormes regiones del cielo del Norte”. Refiere su experiencia: “Deseé con una intensidad casi enfermiza algo que no se puede describir (salvo decir que es frío, espacioso, severo, pálido y remoto) y entonces, como en los casos anteriores, me encontré en el mismo momento saliéndome ya de ese deseo y deseando estar en él de regreso”⁸.

Las imágenes en Lewis —enormes y frías regiones del cielo del Norte—, corresponden quizás a la idiosincrasia del sujeto, irlandés del Norte, y tan solo acompañan la experiencia sin definirla. Lo decisivo es ese deseo, de intensidad casi enfermiza, de algo que no se puede describir y que, como en los ejemplos anteriores, no se ha terminado de sentir cuando ya se encuentra uno fuera y con el vivo deseo de experimentarlo de nuevo.

Al hacer balance de estos tres episodios tempranos, advierte al lector que, de no encontrar interés

⁸ “I knew nothing about Balder; but instantly I was uplifted into huge regions of northern sky, I desire with almost sickening intensity something never to be described (except that it is cold, spacious, severe, pale and remote) and then, as in the other examples, found myself at the very same moment already falling out of that desire and wishing I were back in it”. *Ibid.*, p. 20.

en ello, puede abandonar la lectura porque, en cierto modo, el libro no trata de otra cosa sino de esa que es la verdadera trama de su vida.

Subraya a continuación la cualidad común a los tres casos: un deseo insatisfecho que resulta más deseable que cualquier otra satisfacción⁹. Lo denomina ‘Joy’, para él un término técnico, que no debemos apresurarnos a traducir por alegría, quizá, más bien, gozo. Debe distinguírsele claramente tanto de la felicidad (*Happiness*) como del placer (*Pleasure*). Tiene con ellos, felicidad y placer, una sola característica en común: que quienquiera que lo haya experimentado querrá tener la experiencia de nuevo. Aparte de eso y prestando atención tan solo a su cualidad propia, se lo podría llamar igualmente un cierto tipo de infelicidad o de aflicción: *it might equally well be called a particular kind of unhappiness or grief*. Pero un tipo que queremos tener. Dudo, afirma de manera rotunda, que cualquiera que lo haya gustado querrá cambiarlo por todos los placeres del mundo, si ambas cosas estuvieran en su mano. Pero el ‘Joy’ no está nunca en nuestro poder, el placer a menudo sí lo está.

6 Esta primera y originaria experiencia se repetirá años después. Resulta significativo que el capítulo donde viene narrado lleve por título ‘Renacimiento’.

⁹ “I will only underline the quality common to the three experiences: it is that of an unsatisfied desire which is itself more desirable than any other satisfaction”. *Ibid.*, p. 20.

Aquí termina la muestra.

Nostalgia y trascendencia

Rafael Tomás Caldera

Pide tu ejemplar por WhatsApp: +58 424 136 7173

luisfelipecaprileseditor.com